

lacayos de un elevado personaje, no han faltado hombres que se sintieran satisfechos al manifestar simpatía por un pueblo extranjero, formándose una unión que, aparte de las ceremonias oficiales, constituye un elemento de la fraternidad futura. La derrota de Rusia en Oriente y la Revolución que rugen desde el mar Negro al Báltico ha avivado ese sentimiento, mientras que en las altas esferas se ha enfriado proporcionalmente.

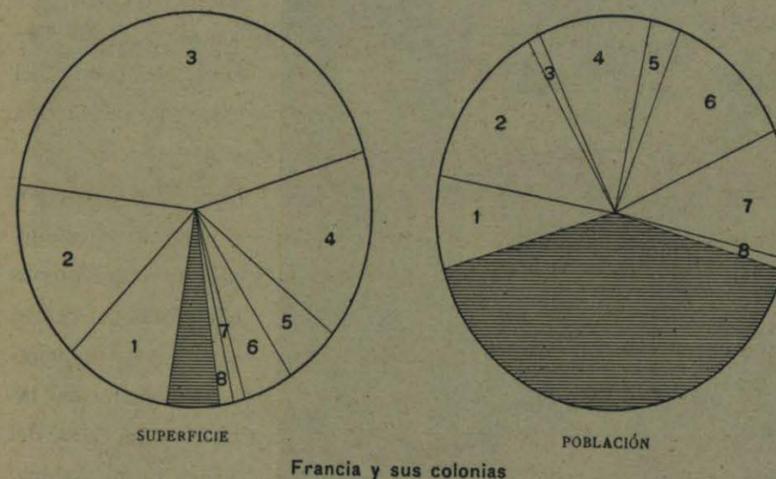
La política «bajamente burguesa» que dirigió los asuntos políticos de Francia y de toda Europa durante el centenario de la Revolución, se caracterizó bien por las amenazas oficiosas que el gabinete francés dirigió á la Puerta en 1898, después de las horribles matanzas de Armenia. El sultán, embriagado por su omnipotencia, osó contrariar algunas indignas especulaciones de capitalistas europeos. «Tened cuidado, se le avisó en seguida, no han de hacerse ilusiones en Constantinopla. El morboso temor de las responsabilidades, que ha paralizado la acción de las potencias, no garantiza en modo alguno á la Puerta la impunidad acerca de las indemnizaciones de que se trata... Mientras sólo se trataba de humanidad, de derecho y de protección á una clientela en peligro de muerte, Europa podía retroceder... Cada potencia encuentra toda su lucidez y toda su energía cuando se trata de los intereses materiales de sus jurisdiccionales»¹. Matad vuestros Armenios si se os antoja, pero no toquéis á nuestro dinero.

En verdad que semejante indiferencia ante las injusticias más flagrantes, ante los crímenes colectivos más espantosos, podía fundamentalmente inclinar á los pesimistas á pensar que el manantial de todas las buenas pasiones se había irremediabilmente agotado. Y sin embargo, en aquella época se produjo un acontecimiento en sí trivial, una injusticia cometida á sabiendas con un oficial por el delito de no ser simpático á sus camaradas. Cosas semejantes ocurren todos los días, pero se necesita cierta combinación de circunstancias, además el tiempo necesario para que la opinión se apasione y por último el talento y el querer comunicativos de algunos hombres valientes para determinar el movimiento general.

Todos esos elementos se reunieron en el proceso Dreyfus, que

¹ Artículo de *Le Temps*, reproducido por el *Mechveret*, 1.º Agosto 1898.

fué el proceso del ejército, no solamente del ejército francés, sino de todos los ejércitos de todos los tiempos y de todos los países, porque estableció las consecuencias fatales de la autoridad indiscutida, la crueldad, la necedad, el espíritu sistemático de capricho y de mentira, y sobre todo la subordinación de todo sentimiento de justicia y de honor al espíritu de cuerpo. Tantos votos y tantas voluntades, lanzándose de todas las partes del mundo, se unieron en este proceso, representación de millones de otros procesos desconocidos ó



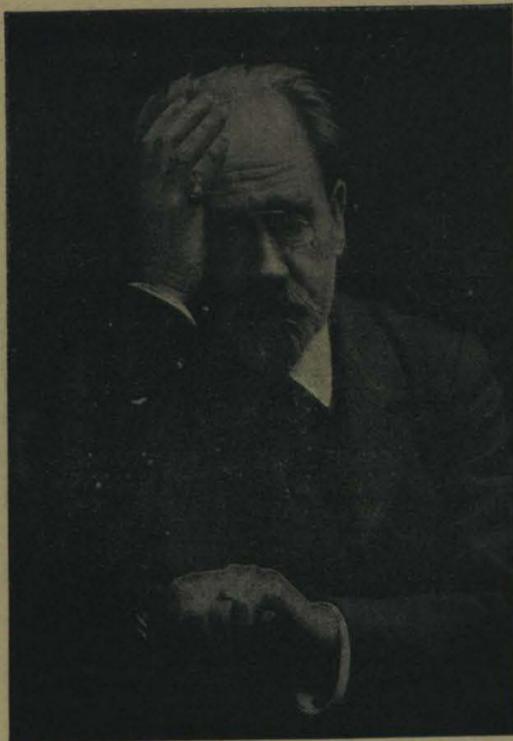
1. Argelia y Túnez. — 2. Sudán y Africa occidental, desde el Senegal al Dahomey. — 3. Sahara. — 4. Congo. — 5. Madagascar. — 6. Cochinchina, Cambodge, Annam. — 7. Tonkin. — 8. Otras colonias en Asia, Africa, América y Oceanía.

descuidados en general, aunque conocidos en un círculo local, que puede verse en él un acontecimiento de orden universal y que por esto mismo ha «contribuido á la futura unidad de la raza humana», Además alcanzó una belleza trágica por su larga duración, por sus conmovedoras peripecias y por su efecto teatral. «Por los ataques feroces, pueriles, hipócritas de los unos, tuvo el interés complicado de los dramas bárbaros, y por la firme defensa de los ciudadanos, adquirió la sencilla belleza armoniosa de la tragedia antigua»¹.

Esa guerra furiosa de las dos mitades de Francia, á propósito de un hombre que ni por su genio, ni por su inteligencia, ni sus cuali-

¹ Ch. Péguy, *Revue Blanche*, 15, VIII, 1899, ps. 631, 632.

dades morales se elevaba lo más mínimo sobre el vulgo, es uno de los mil incidentes de la lucha incesante que se desarrolla en todos los medios entre conservadores é innovadores, pero quizá en Francia con más encarnizamiento que en otros países, á causa de la potencia



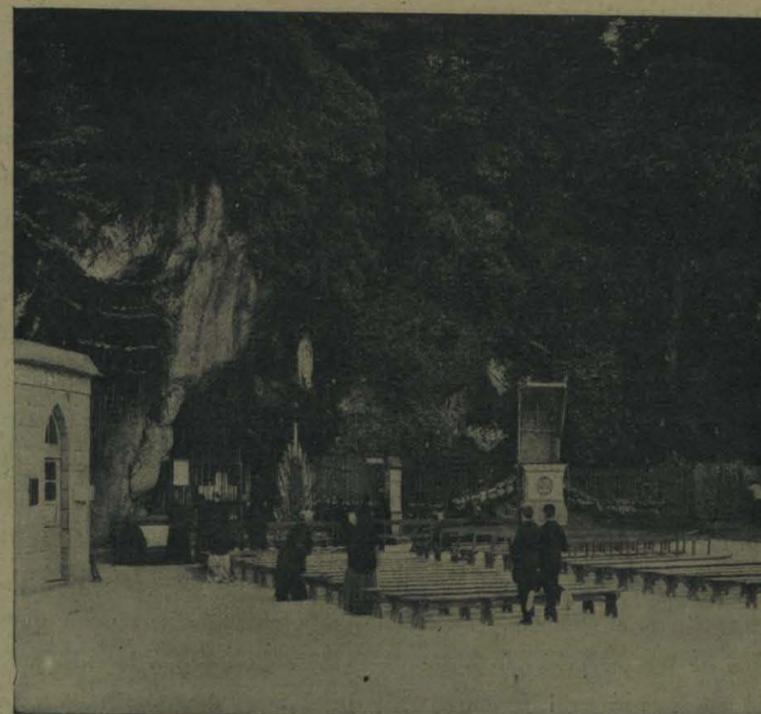
Cl. J. Kuhn, edit.

EMILIO ZOLA (1840 - 1902)

casi equivalente de los elementos en oposición, simbolizados por el contraste geográfico del macizo central y de las llanuras, es decir, del lugar de rarefacción y del foco de atracción. Sin embargo, el contraste es doble, porque si las regiones montuosas del centro constituyen un mundo diferente de las cuencas del Sena, del Saona y del Garona, hay también oposición clara entre el Norte y el Mediodía, pero las dos formas de antagonismo se manifiestan de diverso modo. La individualidad provincial persiste mucho tiempo en los inmigrantes de París, especialmente los procedentes de Auvernia, de la Marche y de Saboya, que continúan viviendo aparte entre la misma multitud, concentrados en el pensamiento de la ganancia. Puede decirse en general que todo provinciano llega con un sentimiento de respeto casi religioso por la gran ciudad, que representa á sus ojos, y con razón, un centro intelectual muy superior á su medio primitivo, al mismo tiempo que la ciudad donde se desarrolla la gran historia y donde se concentran inmensos tesoros aportados de todo el mundo. Pero el «Meridional» propiamente dicho, el

casí equivalente de los elementos en oposición, simbolizados por el contraste geográfico del macizo central y de las llanuras, es decir, del lugar de rarefacción y del foco de atracción. Sin embargo, el contraste es doble, porque si las regiones montuosas del centro constituyen un mundo diferente de las cuencas del Sena, del Saona y del Garona, hay también oposición clara entre el Norte y el Mediodía, pero las dos formas de antagonismo se manifiestan de diverso modo. La individualidad provincial persiste mucho tiempo en los inmigrantes de París, especialmente los procedentes de Auvernia, de la Marche y de Saboya, que continúan viviendo aparte entre la misma multitud, concentrados en el pensamiento de la ganancia. Puede decirse en general que todo provinciano llega con un sentimiento de respeto casi religioso por la gran ciudad, que representa á sus ojos, y con razón, un centro intelectual muy superior á su medio primitivo, al mismo tiempo que la ciudad donde se desarrolla la gran historia y donde se concentran inmensos tesoros aportados de todo el mundo. Pero el «Meridional» propiamente dicho, el

Tolosano, el Marsellés y el Gascón ven las cosas de otra manera: no se creen inferiores al Parisiën; diríase que han conservado un resto del orgullo de los Romanos ó de los ciudadanos de la *Provincia*, cuando éstos se aventuraron en las regiones frías, pantanosas ó selváticas del Norte de la Galia; quizá recuerdan instintivamente los días de la



Cl. J. Kuhn, edit.

LA GRUTA DE LOURDES

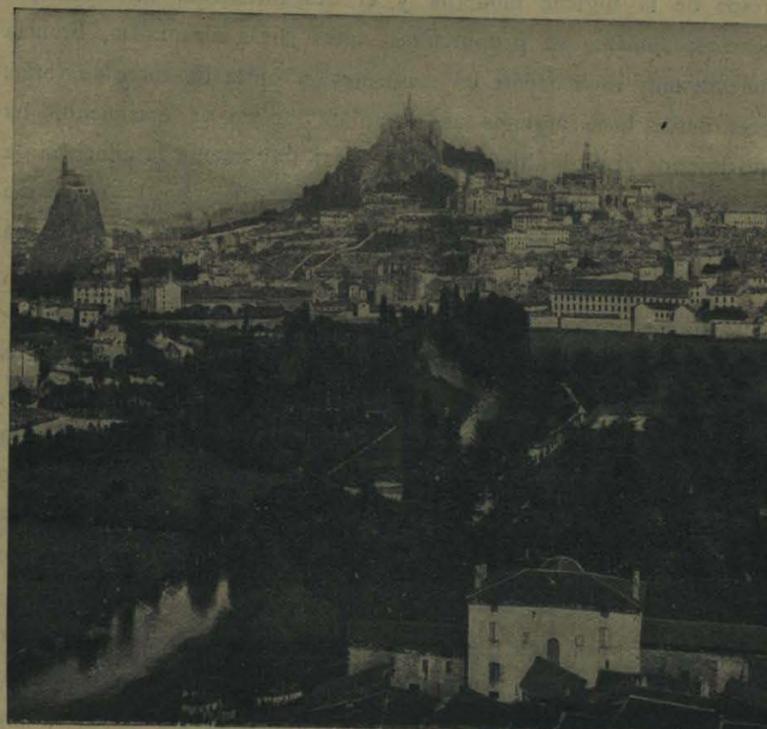
Edad Media, anteriores al atroz Simón de Monfort, cuando las gentes de la lengua de oc, Albigenses y otros, tenían amplia conciencia de la superioridad de su civilización comparada con la de los Bárbaros del Norte; quizá algunos Meridionales, sin darse apenas cuenta, lleguen con un sentimiento de venganza. Sus grandes habladores despliegan allí su tonante elocuencia como en país conquistado.

He ahí un fenómeno que puede parecer extraño, y que sin embargo es una consecuencia natural de la opresión, aquí y allá victoriosa, que los invasores del Norte hicieron sufrir en otro tiempo á las poblaciones meridionales; éstas reaccionan ahora contra los Sep-

tentrionales de una manera muy compleja. Mientras que hace seiscientos años el Mediodía representaba sin duda alguna la parte más avanzada de la nación, su acción se complica en nuestros días con elementos regresivos muy poderosos. Al lado de una mayoría de electores cuyo color político se denomina «radical» y aun «radical socialista», cuyos representantes se dedican á la separación de la Iglesia y del Estado, al lado de campesinos que entran libremente en la vía corporativa, hasta comunista, se hallan los grupos más violentamente supersticiosos y reaccionarios. Si la lengua provenzal trata de renacer á la vida, lo que es su derecho — justifica su ambición legítima por poemas de gran belleza literaria —, el sentido general de ese movimiento se inclina francamente hacia la reacción católica. ¿No es vergonzoso que la pasión cruel de las corridas de toros, con la muerte del animal y todo el espantoso preludeo de caballos destripados y de hombres en peligro se haya apoderado de tantas ciudades del Mediodía, y que hayan sentido despertar su antiguo espíritu municipal contra el gobierno central, culpable de querer aplicar las leyes, poco draconianas por cierto, dictadas durante el siglo para la protección de los animales?

En ese conflicto de las dos Francias, es natural que los elementos conservadores se hayan descargado de cuanto podía servirles de estorbo para el combate. La monarquía les molesta, tanto más que, lejos de ser un principio absoluto, está subordinada á la existencia de una familia real ó imperial, y que varias de esas familias se disputan el poder. Fracasadas las tentativas de restauración, precisamente á causa de las luchas entre candidatos á la soberanía, pareció más práctico declararse republicanos conforme á la opinión del papa, porque un nombre no compromete á nada, y bajo el de «Cosa común» pueden abarcarse todas las supervivencias del pasado más en contradicción con las ideas nuevas. Naturalmente el centro de unión para la derecha y la izquierda del gran ejército conservador había de ser la vieja Iglesia católica, diestramente adaptada á todas las maniobras modernas, pero incapaz de transigir sobre los principios que son, como lo fueron siempre, la sumisión de las inteligencias y de las voluntades á la tradición religiosa. El respeto á los intereses adquiridos es aquí de tal modo acatado, que el personal de

la reacción francesa parece haber cambiado apenas durante un siglo. Una de las más interesantes y lógicas consecuencias de la historia consiste en que, bajo la República oficial, la mayor parte de los que mandan el ejército francés son precisamente los nietos de los emigrados realistas que invadieron Francia á sueldo de la coalición de



EL PUY DE VELAY

Cl. J. Kuhn, edit.

A la izquierda San Miguel de Aiguilhe, en el centro Nuestra Señora de Francia, á la derecha la Catedral.

los reyes. Los nombres enumerados en los anuarios coinciden admirablemente, á un siglo de distancia, con los que figuraban en Coblenza y en Quiberon en la lista de los mercenarios extranjeros¹. Por una evolución muy natural y que, por tanto, á nadie puede culparse de ella, los realistas invasores de Francia se han transformado en «patriotas intransigentes».

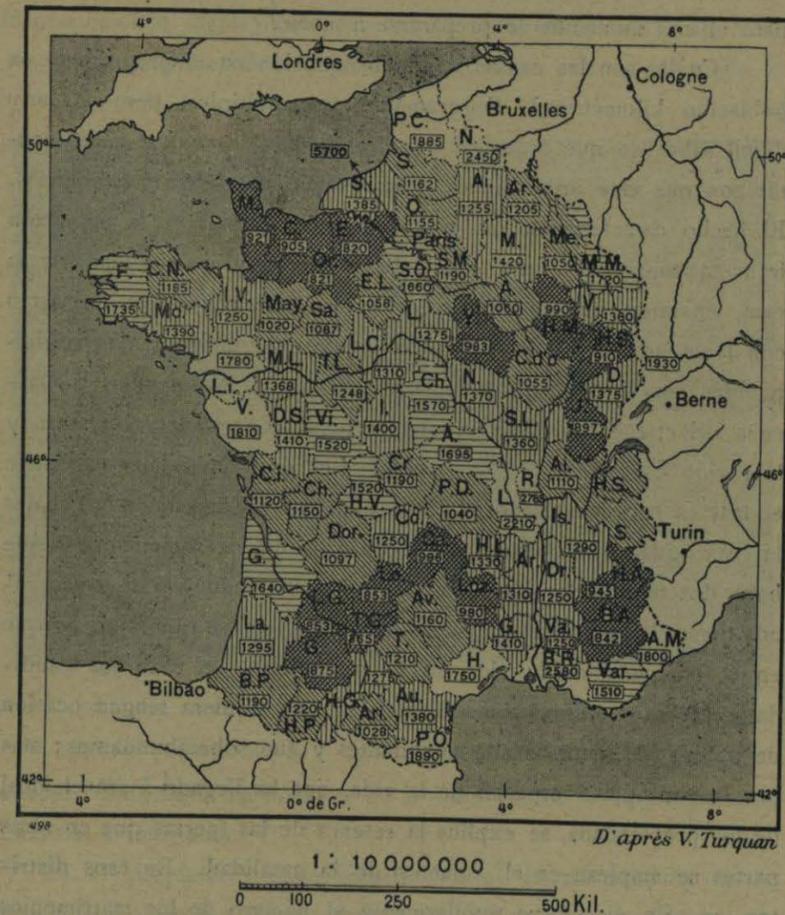
¹ Urbain Gohier, *L'Armée de Condé*, «Revue Blanche», 1.º Julio 1898.

Sin ser única á este respecto entre las naciones, Francia es, no obstante, el grupo étnico que se cita ordinariamente como menos fecundo en progeneratura. En tanto que en la mayor parte de las comarcas europeas y de los otros continentes pertenecientes al mismo tipo de civilización, la población, ayudada por los admirables progresos de la higiene moderna y el descubrimiento de incesantes recursos, aumenta en proporciones antes jamás alcanzadas, Francia aumenta muy escasamente en residentes, y hasta ha sucedido varias veces desde hace algunos años que el número de nacimientos ha sido inferior al de las defunciones, y que únicamente la afluencia de extranjeros ha impedido un verdadero retroceso en la población francesa. A excepción de Bretaña, es decir, de la provincia francesa que menos participa de la vida general de la nación, todo el país, sobre todo sus campesinos, profesan el precepto de la «reserva moral» calurosamente recomendada por Malthus y Stuart Mill. Las consecuencias son tales, que el generalísimo de las fuerzas alemanas, viendo ante todo en las poblaciones reservas de hombres útiles para el combate y para la matanza, celebra la victoria que el ejército germánico obtiene cada año sobre el ejército francés: una rebaja anual de cien mil nacimientos equivale, en efecto, en el equilibrio militar, á una enorme matanza en un campo de batalla.

Resulta, pues, que esas causas profundas, íntimas, del retroceso ó del progreso de la población, hacen más, si no por la prosperidad verdadera, al menos por la influencia relativa de las naciones, que los bruscos acontecimientos políticos, las inmigraciones ó los exodos. La población de un simple cantón de una veintena de mil individuos, cuya tasa de nacimientos durante cuatro siglos excediera de las defunciones un dos por ciento — uniría, por ejemplo, la natalidad de Austria-Hungría, treinta y ocho por mil, á la mortalidad inglesa, dieciocho por mil —, podría teóricamente llegar á cincuenta millones de hombres, lo suficiente para cubrir el territorio de la Alemania entera; si luego por un brusco cambio se cambiara la proporción por completo, los cincuenta millones se reducirían otra vez á algunos miles de individuos al cabo del mismo plazo de cuatrocientos años. Así se ha visto á la población franco-canadiense aumentar de una manera maravillosa, elevar sus flotas humanas como

una marea y mostrar sus veinticinco mil individuos allí donde sólo existía un millar cien años antes; y, por otra parte, que naciones que han perdido sus recursos en tierra, en agua, en relaciones co-

N.º 498. Aumento de la población francesa durante el siglo XIX.



Las cifras indican la población de 1900, por 1,000 habitantes en 1800; se ve que en una quincena de departamentos ha habido disminución efectiva.

A 1,000 habitantes en 1800, corresponden aproximadamente en 1900: Francia 1,450, España 1,800, Italia 2,400, Suiza 2,500, Alemania, Bélgica, Holanda 3,000 (?), Inglaterra 3,500 (?).

merciales, han acabado por desaparecer, tales los Hymiaritas y los Babilonios, no dejando más que un nombre y vestigios donde habían cultivado extensos campos y edificado ciudades populosas. Pero esas revoluciones, de tan alta importancia histórica, fijan menos la aten-

ción que los hechos bruscos, de interés completamente secundario. «La despoblación mata las naciones sin causar dolor á los individuos que las forman, y no sintiéndose dolor, ninguna queja se oye»¹. ¿Amenaza actualmente la existencia de la nación francesa esa enfermedad social que Aristóteles denominó oligantropía? ¿Ha llegado para ella el momento de prepararse á morir?

¿Cuáles son las causas de la disminución en el progreso de la población kilométrica? Seguramente son múltiples, pero es muy difícil saber en qué orden de importancia han de colocarse, sin contar con que este orden puede variar según las diversas provincias. El hecho característico en la disminución parcial de la población francesa consiste en que «la pobreza conserva la vitalidad de la raza, en tanto que la riqueza ó el bienestar constituye un pacto con la muerte»². Los cuatro grupos de departamentos que se despueblan son las riquísimas comarcas de la baja Normandía, la Gascuña oriental con el Quercy, una parte del Languedoc, Provenza y la región borgoñona y champañesa. Los dos departamentos donde el mal es más inveterado, el Eure y el Lot-y-Garona, en los cuales la lista anual de los muertos excede á la de los nacimientos desde hace dos tercios de siglo, se clasifican entre aquellos cuyos terrenos tienen la mayor fecundidad. No puede decirse que aquí, porque en el banquete de la vida no haya cubierto, se vean los candidatos al festín obligados á retirarse, ni que siquiera tengan ocasión de nacer; los recursos son abundantes y aun sobreabundantes; mas por la concepción especial de la vida, que ha llegado á ser el ideal de los propietarios, se explica la reserva de las fuerzas que en otras partes se emplean en el aumento de la natalidad. En esos distritos, no sólo disminuye regularmente el número de los matrimonios y aumenta el de los célibes, sino que los mismos esposos se acercan cada vez más al celibato³.

¿Cuál es, pues, su ideal? Perpetuar la riqueza ó al menos el bienestar en la familia. No pudiendo conservar sus bienes para sí más allá de la tumba, el egoísta poseedor quiere al menos que su

¹ Arsène Dumont, *Revue Scientifique*, 20 Julio 1895, p. 92.

² Arsène Dumont, *Revue mensuelle de l'École d'Anthropologie de Paris*, 15 Enero 1897.

³ Edmond Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*, p. 130.

propiedad no sea fraccionada, y prefiere correr el riesgo de haber de transmitirla á un pariente, á repartirla entre varios hijos. Cosa rara y antinatural: la procreación de los hijos, es decir, la evocación de la generación que viene y que debiera continuar fácilmente la obra de la humanidad, se deja á los desgraciados, á los que no tienen cuidado alguno del porvenir. Y esta incuria de los genitores es quizá preferible al cuidado de los que ven en los hijos la



Cl. Aliard.

UNA MULTITUD MERIDIONAL — (Narbona 5 de Mayo de 1907)

simple continuidad del nombre, de la herencia, de la influencia aristocrática ó burguesa.

Si el propietario tiene empeño en la eterna duración de su propiedad, al menos puede transmitirla á los suyos, mientras que otra categoría de individuos ni siquiera tiene este ideal. El funcionario, el hombre dedicado á la vigilancia de sus conciudadanos, se inclina fácilmente á no tener más que ambiciones personales. Los oficiales, los empleados del Estado, los asalariados de las compañías, no tienen una existencia asegurada, no sólo por su trabajo, como parece á primera vista, sino por la benevolencia de sus superiores, que pueden despedirles, arruinarles cuando les convenga. Además, todos esos empleados no tienen en perspectiva ascensos ó mejoras

en su situación sino á condición de agradar á sus jefes: todo adelante es á ese precio. El interés les impone visitas, servicios, complacencias y cierta buena presencia para aumentar las probabilidades de avance, y los gastos están casi siempre en relación con el rango á que se aspira. En tales condiciones es imposible una familia numerosa; constituiría hasta un escándalo á los ojos de los que pueden distribuir las dotaciones y las plazas á los hijos suplementarios. Razones análogas impulsan á las mismas prácticas á los que ejercen profesiones liberales, como médicos y abogados; por último, los individuos cuyas funciones imponen una educación relativamente superior, es decir, los directores y profesores de facultades y de colegios, son generalmente pobres en hijos: por una risible ironía de las cosas, los pontífices de la moral pública, de acuerdo con otros pontífices, los sacerdotes célibes, se dedican ostensiblemente á la abstención voluntaria¹. Además de los hechos de limitación consciente de las familias que en tan gran número se observa entre propietarios y aristócratas, se ha de mencionar también, según la mayoría de los médicos, los hechos de esterilidad conyugal procedentes, en las familias acomodadas, de la sobrealimentación en sustancias azoadas. Suele imaginarse que aumentando las dosis de alimentación, haciendo trabajar excesivamente el aparato digestivo, se gana en fuerza y en salud, y sucede lo contrario. La infecundidad de los matrimonios suele ser causada por esa riqueza continua de alimentos tónicos á los cuales se añade el vino puro, el café fuerte y los licores, sucediendo lo que con las plantas ampliamente nutridas, que se llenan de hojas y no dan fruto².

La composición social de muchos centros industriales que conservan oficialmente una posición muy secundaria en los departamentos, impone la existencia de un núcleo poderoso de familias muy ricas que tienen el orgullo de su posición y desdeñan el mundo de los funcionarios. A esa aristocracia industrial corresponde un numeroso proletariado que constituye la gran mayoría de la población, y una clase intermediaria de revendedores que viven de la clientela

¹ Arsène Dumont, *Profession et Natalité*, sesión de la Sociedad de Antropología de París, 4 Febrero 1897.

² Maurel, *De la dépopulation de la France*, la misma Sociedad, 18 Diciembre 1896.

de los obreros y suelen estar sometidos al poder discrecional de los dueños. Y resulta que esas diversas clases tienen una gran natalidad, muy superior á la de las sociedades burguesas compuestas de rentistas y de funcionarios. La existencia es aleatoria, lo mismo para el obrero que para el patrón; uno y otro corren tras la fortuna, aceptando sus consecuencias; arriesgando diariamente pérdidas y ganancias, no temen aventurar hijos en la batalla de la vida; hasta



EL VIEJO TENES, ANTIGUO NIDO DE PIRATAS

Cl. Geiser.

se ha observado que, por el contagio de las ideas y el espíritu de imitación, la población agrícola que rodea los centros obreros se siente inclinada á fundar familias numerosas. Dumont ha hallado numerosos ejemplos alrededor de Dunkerque, de Lillebonne y otras ciudades industriales.

Las condiciones económicas y sociales reaccionan de diverso modo sobre el equilibrio de la población, haciendo variar constantemente las oscilaciones de la vida y de la muerte. Como quiera que sea el estado ó el resultado de esas alternativas, el progreso no es movimiento que se mide solamente por orden numérico, siguiendo la estadística precisa de las cabezas de hombres, mujeres y

niños. No hay duda que el número es un elemento de civilización, pero no es el principal, y hasta en ciertos casos puede ser un obstáculo al desarrollo de un verdadero progreso en bienestar personal y colectivo, lo mismo que en bondad mutua.

Por otra parte, la inmigración de las poblaciones vecinas toma en Francia el lugar de los que dejan de nacer en ella, y es indudable que los hijos de extranjeros son «buenos Franceses», tan perfectos patriotas como fueron entusiastas Prusianos los Dubois-Reymond, los Verdy del Vernois y otros descendientes de los calvinistas. Se ha notado con frecuencia que entre los hombres que con más vehemencia han discurrido sobre la «gloria de Francia», se halla cierto número cuyos abuelos nacieron fuera de sus fronteras: el suelo, el medio y la lengua modelan el individuo que se coloca entre la masa de la nación. En resumen, no parece que Francia, comparada con sus vecinas, les ceda en valor en su parte de trabajo útil.

A las naciones latinas, y sobre todo á Francia ha de considerarse unida el Africa menor, es decir, la parte del continente africano que las extensiones arenosas y pedregosas del Sahara, antes — á lo menos parcialmente — ocupadas por un brazo de mar (De Lapparent), limitan sobre todo el frente meridional, desde el golfo de Gabes hasta el Atlántico de las Canarias. Por la continuidad de las tierras emergidas, esta «Africa menor», la Mauritania, pertenece al continente negro, mas por su arquitectura geológica, por la dirección, la naturaleza y los pliegues de sus cadenas de montañas (Ed. Suess), por sus plantas y su fauna, como por sus razas de hombres autóctonos, esta comarca es mucho más europea que africana: forma un todo con el mundo mediterráneo, que constituyen Italia y sus islas, Provenza, Languedoc, las Baleares y la península Ibérica.

No obstante, los acontecimientos políticos separaron frecuentemente durante el curso de la historia las dos vertientes del mar interior: eran tan grandes los peligros de la navegación antes de la época moderna, que los movimientos de colonización eran casi siempre impedidos ó largamente retardados y las expediciones militares solían ser comprometidas: para ir de una orilla á otra se empleaban entonces tantos días como horas tardan en la actualidad los

buques de marcha rápida. Después de la destrucción del imperio romano, se produjo la separación completa entre las poblaciones de las dos orillas, y aun la emigración victoriosa de los Arabes pudo hacerse á lo largo de la costa septentrional del continente sobre la enorme distancia que separa el mar Rojo del Atlántico, el Sinaí de los Pirineos. Habiendo sido interrumpido el movimiento normal del Norte al Mediodía, entre las dos unidades del mundo mediterráneo, se manifestó una presión secundaria de Este á Oeste.

Actualmente ha podido reconstituirse la cohesión natural, aunque brutalmente, por la conquista militar. La Argelia y Túnez son colonias francesas, ó por mejor decir, sud-europeas, puesto que los principales inmigrantes son Franceses del Mediodía, Españoles, Mahoneses, Malteses é Italianos: éstos predominan mucho en Túnez, en tanto que los Españoles sobresalen en número sobre los Franceses en la Orania. Sin embargo, las tierras mauritanas no son sino muy parcialmente, desde el punto de vista etnológico, anejos de la Europa moderna; son ante todo un país bereber, y aun, en cierta medida, una región de conquista árabe: Asia se mezcla allí con Europa y con la antigua Occitania. Cuando Napoleón III, con gran escándalo de los colonos franceses, calificó la Argelia de «reino árabe», dijo una gran parte de verdad. Por lo demás, los militares franceses que unieron la Argelia á Europa profesaron siempre la misma opinión que el emperador de su elección, y esta opinión les era impuesta por el espíritu de cuerpo: el deseo de mandar, tan propio de soldados, les hacía preferir los súbditos árabes, de quienes eran amos absolutos, á los conciudadanos franceses, á quienes podían despreciar, pero que se hallaban protegidos por la ley común.

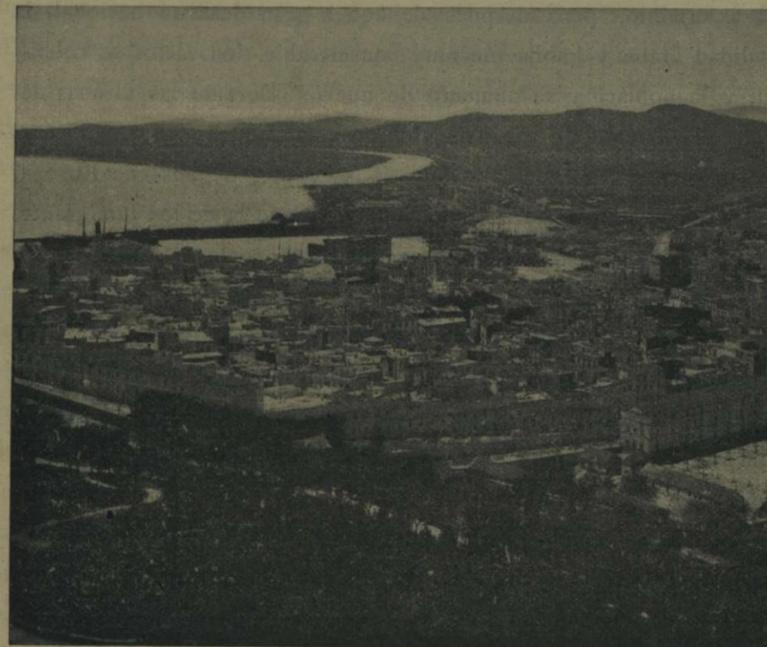
Vino después la era de la colonización oficial; se había impedido á los inmigrantes establecerse á su antojo sobre tierras amistosamente compradas á los Arabes; á la sazón se trataba de determinar de antemano el lugar donde se edificaría una villa de tal número de casas con jardines de tantas áreas y campos de tantas hectáreas, adonde se expediría un número de cultivadores fijado en las oficinas de París, con un cuaderno de cargos debidamente firmado y marcado por toda la serie de las autoridades militares y civiles. Ain-Fouka, la primera villa fundada por el general Bu-

geaud, que recibió en la historia la reputación de un gran colonizador, fué inaugurada militarmente por una compañía de 147 colonos, precedida de oficiales, soldados y tambores. Cada concesionario recibió con la casa y el campo una dote de 700 francos y una mujer enviada de Tolón por el general. Se comprende lo que llegaría á ser la población de aquella villa oficial, felizmente reemplazada al poco tiempo por familias de verdaderos labradores. Fouka se ha convertido en la graciosa villa costeña de Castiglione, de casas des-parramadas en la playa y en las viñas.

La farsa de la colonización oficial se cambió después en tragedia, cuando, en 1848, la Asamblea Nacional, queriendo desembarazarse de los revolucionarios parisienses, quiso instalar de un golpe quince mil colonos en una cuarentena de villas fundadas en diversos puntos á la casualidad. Aquello fué un lamentable desastre: la mayor parte de los colonos improvisados perecieron ó se dispersaron; hubo población en que sólo quedó un individuo, llamado por irrisión «el guarda de las ruinas». Una vez más quedó probado que la colonización oficial es más funesta que útil por los gastos que ocasiona, los malos elementos que aporta y el desaliento en que sumerge á los colonos libres.

Retardada por esa deplorable ingerencia del gobierno en la colonización, la población se ha ido efectuando, no obstante, de una manera continua, como resultado de las iniciativas personales. Desde los primeros días se produjo un principio de toma de posesión efectiva fuera de las fortalezas y de los campos ocupados por los soldados y los parásitos del ejército, y á pesar de la incertidumbre política del porvenir, algunos valientes hortelanos y labradores se aventuraron en los campos, fuera de la zona del cañón, comenzando con la piqueta la era de la anexión positiva. Diezmados por las fiebres y por las balas, los rudos campesinos no se desanimaron: á los primeros sucedieron otros más numerosos; las villas desocupadas por la muerte se repoblaron de nuevo, después por segunda y tercera vez. Hasta las villas oficiales acabaron por prosperar cuando los antiguos concesionarios desaparecieron y en ella se instaló la colonización libre. Las casas blancas con tejados rojos se elevaron sobre las colinas al lado de los pinos y de los algarrobos ilumi-

nando de lejos el espacio, en tanto que las tiendas negras de los Arabes, pegadas al suelo, se perdían en los accidentes del terreno. Las habitaciones europeas se agrupaban, alineándose en calles; nacían villas unidas por caminos, luego por ferrocarriles: el conjunto de los puntos ocupados se enlazaba en un todo geográfico por una red de vías de comunicación, y poco á poco la sociedad civil euro-



BONA — VISTA TOMADA DESDE HIPONA

Cl. J. Kuhn, edit.

pea, la del trabajo y de la industria, reemplazó, rechazándolas á cuarteles y campamentos, á las tropas de todas armas y de todos uniformes, únicas que en las primeras décadas habían representado á los ojos de los Arabes la «gran tienda» de Francia. Al principio los musulmanes de Africa creyeron que Francia era un país dividido en cuatro grandes tribus, los Zuavos, los Cazadores de Africa, los Grandes Capotes y los «Alegres» ó disciplinarios, así llamados por antífrasis. Los Arabes no veían en los paisanos más que una casta inferior comparable á la de sus pastores ¹.

¹ Emile Masqueray, *Souvenirs et Visions d'Afrique*, p. 36.